

GEDEON es el periódico de menos circulación de España



GEDEON

Ex-Diputado á Cortes por Madrid

SEMANARIO SATÍRICO

SE PUBLICA LOS MIÉRCOLES

DIEZ CENTIMOS número

ADMINISTRACIÓN

Colmenares, 7, bajo izqd.ª

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre	1,50 pts.
Año	8
Provincias y Portugal, semestre	4
Extranjero y Ultramar, año 16	—
Número atrasado	0,25
25 ejemplares	1,50



AÑO V

Madrid 18 de Enero de 1899

NÚM. 165

LA FIESTA DE SAN ANTON



LOS MISMOS DE TODOS LOS AÑOS

Handwritten numbers and scribbles in the bottom left corner, including '1899', '5218', and '529'.

Jueves de Gedeón

—¡Albricias, Gedeón amigo! Dame un abrazo, aprieta más fuerte, más aún, como Polavieja le aprieta á Silvela. ¡Qué gordo y qué colorado vuelves de tu viaje y cómo se te conoce hasta en la ropa que has estado en el extranjero!

—Muchas gracias, querido Calínez, por tu afectuosísimo recibimiento. Grandes ganas tenía yo también de verte; pero en lo que te equivocas de Castellano á Castellano, quise decir de medio á medio, es en suponer que regreso del extranjero.

—Pues cómo, ¿no has estado viajando por el centro de Europa?

—Ni siquiera por un centro de recreo.

—¿Entonces no has visto al rey de Copas ni al emperador Guillermo?

—No he visto á ninguno de esos dos monarcas.

—¿Pues cómo explicas tu larga y para mí enojosísima ausencia? De verdad, ¿no has estado ni en Babiera?

—Te repito que no; no he leído á Sepúlveda hace muchísimo tiempo.

—Pues á pesar de todo cuanto afirmas, traes aspecto de extranjero. A mí no me la das tú, entrañable amigo. Alguna misión secreta y bizca del izquierdo te ha confiado el duque de Almodóvar, nuestro ministro de Negocios extranjeros y bastidores nacionales. ¡Tal vez el estudio de los botines con relación á la marcha de las grandes potencias! botines á los cuales llamaría Capdepón de otro modo en su despacho de la calle del Arco de Santa María. ¿He acertado ó no?

—No te quiebres la cabeza, querido Calínez, que vas á parecer ministro liberal de esos que sufren hernias debajo del tricordio. No he estado en el extranjero con misión pública, ni con misión secreta. Respecto á los botines, no sé más sino que los llevan Blasco cuando se cansa de escribir y el ministro de Estado cuando tiene que firmar. Y si no preguntásele á Manuel del Palacio, cuya cesantía fué firmada por el duque de Almodóvar con el botín derecho. En suma, ninguna de tus suposiciones es cierta.

—¿De modo que no has estado en el extranjero? ¿Ni siquiera en Suecia? Pues bien, has sabido hacer el sueco.

—Una y mil veces te respondo que no. ¡Digo, como no llames el extranjero al comedor de Sagasta!

—¿Caramba! ¿Vienes, querido Gedeón, del comedor de Sagasta? Enséñame la cucharilla.

—¡Héla aquí!

—Ya no me cabe duda; tú la has robado, luego es cierto.

—Mucho me complace que al cabo te avengas á razones, y si tienes tiempo para escucharme te lo contaré todo.

—Lo tendré, como tiene *El Tiempo* Silvela para que le cuenten cómo suben los demás al poder. Soy Rancés II y sin chistes. Empieza.

—Verás tú. Dióme un día, hace ya cerca de mes y medio, la mala humorada de visitar á D. Práxedes. Dirígeme á la Carrera de San Jerónimo, llegué á su casa (y la llamo suya porque no le cuesta un céntimo), subí por la escalera, llegué al cuarto que no ingresa en el bolsillo del casero, llamé y salieron á abrirme.

—Hasta aquí todo va perfectamente. En aquella casa le abren siempre al que llama, algunas veces en canal, y si no ya lo dirá Weyler.

—El criado que me abrió la puerta preguntó: «¿Es usted pariente ó amigo?» No sé qué le contesté, pero él debió decidirse por el parentesco, porque me dijo amablemente: «Entonces sígame usted», y me metió en la despensa.

—Verías en las paredes de ésta las rayas que hacen las guías de Amós Salvador.

—Vé en ella, querido Calínez, tal profusión de jamones, embutidos, quesos, pimientos y jaleas, que hube de exclamar con reconcomio: «¡Todavía hay quien come en España!» Con decirte que hasta el morrión de miliciano nacional lo tiene D. Práxedes convertido en receptáculo de jalea de pera.

—¿Cómo se le alargarian, al verlo, los dientes al general Martínez Campos!

—Ello es que mientras yo pasaba revista á tan sublime colección de sustancias alimenticias, oigo de pronto girar la llave en la cerradura (la llave estaba puesta por fuera), doy un grito como Thuiller en los momentos trágicos, me lanzo á la puerta y me encuentro encerrado y prisionero en la despensa de D. Práxedes. La mejor cárcel de España ¡eso sí! pero calabozo al fin. Mi desesperación no tuvo límites. Me abracé á un jamón y lloramos juntos. Los pimientos me compadecían como si fuese riojano y un embutido me gritó: «¿quisiera ser Villaverde, para sacarte á fuerza de puños.» Inútiles, aunque generosos propósitos. La puerta no cedía y mis clamores no eran escuchados. Resignéme, como Cereza, á seguir en el ministerio de la Guerra y dí esta lamentación al viento: «¡Bien claro se ve ¡oh cielos! que estoy en casa de un gobernante liberal, porque apenas entré en ella me encerraron en la despensa!» ¡Como á nosotros, oí que me respondían unos á manera de calabacines que estaban desperdigados por el suelo! ¿Y quiénes sois vosotros? pregunté. Eramos, me respondieron, los derechos

individuales de los españoles; ahora somos calabacines encerrados en la despensa de D. Práxedes. Y el llanto les cortó la palabra.

—¡Terrible escena, digna del teatro libre, si no ocurriese en una despensa cerrada!

—No tuve más remedio, entrañable Calínez, que conformarme con mi suerte, y en la grata compañía de los tocinos liberales pasé tres días con tres noches, éstas muy oscuras, pero oliendo á queso. Por fin, no sé qué mano piadosa me libertó de mi encierro y al salir, harto de grasa democrática al pasillo próximo, oí una voz acojonada que decía: ¡El señor está muy malo! ¿Cómo, pregunté, le han encerrado también á D. Práxedes en la despensa? No señor, me respondieron; está en su alcoba y nadie sabe lo que tiene. Eso no me choca, argüí, porque nadie ha sabido nunca lo que tiene D. Práxedes; á veces parece que tiene algo de liberal y luego resulta más reaccionario que Calomarde. Es que está muy malo, me repitieron. Nunca estuvo muy bueno, pero en fin ¿que le han aconsejado los médicos?—Que sude. —¿Y qué le han dado para sudar?—Unos polvos. —¿A sus años? Eso no le hace ya efecto ninguno. —Pues si no suda, se muere.—El sudará, ó poco he de poder.—¿Cómo ha de conseguirlo usted?—Acostándonos juntos. Y con efecto, querido Calínez, entré en la alcoba de D. Práxedes, aconsejé á Merino que se fuera á una tienda de telas, levanté el embozo del lecho de Sagasta y me acosté con éste.

—¿Lo mismo que piensan hacer Romero Robledo y Weyler, y el que con D. Práxedes se acuesta, etcétera etc.

—A los cinco minutos sudaba el presidente por los pocos poros que le quedaban ya en el cuerpo; casi todo lo tiene impermeable.

—¿Qué piel para los días de lluvia y para los Consejos políticos!

—Conseguido de ese modo el efecto deseado, quise salirme del lecho, pero cada vez que lo intentaba me decía D. Práxedes: «No me abandone usted, Gedeón; hágame sudar otro poquito.» Yo, claro, atendiendo sus deseos, permanecía acostado y de esa manera hemos estado cerca de un mes, yo fumando en la cama y él escupiendo.

—¿Pues por poco os entierran juntos!

—Hubo un día que lo temí. D. Práxedes se había dormido y soñaba á voces que era liberal. Te aseguro, Calínez, que al oírlo creí que se me moría mi Linares Rivas. Afortunadamente, al despertar entró en franca reacción y en ella sigue. Vencida ya la enfermedad y levantados el presidente y yo, no quiso, de ninguna manera, á fuer de agradecido, dejarme que saliese de su casa, hasta que al cabo él se fué á Palacio y yo aproveché su ausencia para venir á visitarte. Aquí me tienes, pues, convaliente del catarro de Sagasta y hambriento de saber lo que pasa por el mundo, pues yo de política sé tan sólo que D. Práxedes espectora más que Vico.

—Entonces ya sabes tanto como todos los españoles.

—Sin embargo, algo habrá que puedas tú contarme. Ea, querido Calínez, suelta pronto por esa boca...

—Escucha, Gedeón; algo hay, efectivamente. (*Un criado interrumpiendo.*)—El Sr. Mesa y Mena que viene á visitar al Sr. Gedeón.

—¿El único suscriptor de mi popular semanario! ¿Que pase enseguida! Dejemos, Calínez, la política para otro jueves, que es lo mismo que está haciendo siempre Sagasta. ¡Mesa me aguarda! ¡No hagamos que se impacienten sus cajones! (Señores cajistas, ojo á la caja.)

ROMANCE MORISCO

¡Hélo, hélo, por do viene el moro por la calzada, caballero á la jineta encima una yegha baya! Guillermo el bravo le sigue con la visera calada, sobre un buen caballo blanco relumbrantes las gualdrapas. En un cordobés jamelgo viene arrogante Malladas, y á su lado cabriolean Muguero y Barzanallana, El de Chirel lleva en ristre amenazando la lanza, su corcel en vez de espuma vierte leche de las Navas. Con el alcarreño Hernández vienen sus ricas mesnadas; cuarenta moros armados todos de Guadalajara. Galopa sudando Agrela luciendo el arnés de plata, Santiago con él conversa repitiendo el «cierra España». Gustavo y Alfredo, alegres, acentos de triunfo lanzan, y el Dato de la morisma va vomitando amenazas. Es de ver la prisa y bulla conque al igual trote marchan Marcelo, de blanco y oro, Perales, verde y con asas. Resonantes los estribos anuncian la cabalgata; los caballos que relinchan nubes de polvo levantan. A las tapias de la Huerta llega la morisca banda,

y el jefe, en la silla erguido, alza el brazo y todos paran. Ladrando dentro los perros con alarante algarazara, y él con la voz temblorosa, lanza al viento estas palabras: ¡Alah te guarde, señora! tus ojos, soles de España, nos miren como el que viene perdón pidiendo á sus faltas. Esclavo traigo y cautivo para ponerle á tus plantas, al caudillo más cristiano de la cristiandad del Papa. Olvidemos viejas iras, Kalifa he de ser mañana, con este cristiano en prenda riñamos juntos batallas, que yo ya tengo seguro para mí el feudo de España

Apareció como el rayo á un ajimez la Sultana, que no pudo contenerse ante irreverencia tanta. Su celebrada hermosura el fiero ademán realza, y alguno en voz queda dijo: —No se ha de negar que es guapa. Ella en tanto, á voz en grito de este modo les hablaba dando á las frases que dice dejo de cólera amarga:

¡Marchadvos de aquí, protervos! ¡Dios de aquí noramala vosotras y el gran cristiano! ¡no piséis tumbas sagradas! Ya te veo, Villaverde que de escucharme te espantas, y con el escudo cubres abochornado la cara.

Ya te miro huir la vista Alfredín, scherif de Gangas, no te emboces con el jaique, ¡levanta el rostro, levanta!

¡Oh Chirel, cómo te olvidas de aquellas noches tan largas en que á tomar chocolate mi Señor te convidaba!

Pica espuelas al caballo Perales, y de aquí escapa, de mi balcón nada esperes.

¡Oh Camilo el de Batangas! Sabelo, tú, el que pretendes lograr perdón de tus faltas los que al Cristo abandonaron no han de volver á mi gracia!

Marcharse, marcharse pronto, que está el de Tetuán en casa, y si os oye, antes de una hora van á llover bofetadas.

Ni conmigo ni sin mí hay remedios ni esperanzas: vuestra suerte está ya escrita: ¡quien mal anda, mal acaba!

Volvió grupas silencioso Camilo, el llanto en la cara, y al renegado le dijo:

—¡Reniego, amén. de tu casta! Al paso se vuelven todos; llorando van sus mudanzas, y el sol va desapareciendo tras el blanco Guadarrama.

Dato arroja la guma, Villaverde se la envaina, Muguero y Chirel suspiran; rezando va la Corzana. Y en tanto que se dispersa la melancólica masa, envuelve á Madrid la sombra, suenan las tristes campanas, allá de la Huerta dentro se oyen fuertes carcajadas, y tras las verjas de bronce siniestros los perros ladran.

SILVELA Y POLAVIEJA

TRES CARTAS

Todos estos días se decía en los círculos políticos que entre los Sres. Silvela y Polavieja habían medido dos cartas.

Esto no es cierto, por lo que respecta al número de las epístolas; las cartas cruzadas no son dos, sino tres.

Nuestro colega *El Tiempo*, que las tenía en su poder, nos las ha facilitado generosamente, y nosotros las publicamos con el mayor gusto.

Dicen así:

Excmo. Sr. Marqués de Polavieja. Mi querido amigo: Usted no sabe cómo pesa Villaverde, sobre todo cuando le da la ventolera de ser ministro. Si lo supiese no andaría con tantos paños calientes en los ojos para que hagamos eso de la conjunción que ha de procurarnos el arribo al poder. ¿No tiene usted el Manifiesto que le escribió Figueroa y la masa neutra que se ha sacado no sé de dónde? Pues yo tengo todo lo demás. Prepare usted la masa, que la vea Villaverde y el compromiso es un hecho.

Contésteme en seguida, porque estas cosas ó pronto ó nunca. Suyo y de la de Agreda,

FRANCISCO SILVELA.

Sr. D. Francisco Silvela. Mi querido amigo: Yo no he sido jamás hombre político, pero lo voy pareciendo á fuerza de irme con

unos y con otros, á que me escriban manifiestos y me pongan masas.

En Cuba, como usted sabe, hice la guerra chiquita; ahora en España no tengo inconveniente en hacer con usted la paz chiquita para que cojamos entre los dos el momio grande.

Venga usted por casa cuando quiera á rezar el rosario y hablaremos después en un palco del Music-Hall.

Soy de usted afectísimo amigo,
CAMILO G. DE POLAVIEJA S. J.

Este general todo se vuelve iniciales!
La tercera epístola no es una epístola, sino una carta.

Una carta de la baraja francesa:

¡La dame de cœur!

¡Y esa carta es la más importante de todas las que figuran en el proceso de este lío político, que parece un asunto amoroso tratado en el círculo de los Luises (¡Ay!).

Y si no á *El Tiempo*.

EL CUENTO DEL OBELISCO

Trátase de un chascarrillo bastante viejo y algo putrefacto; mas por esas mismas cualidades juzgamos que es de toda oportunidad, ya que de vejeces y putrefacciones no parece que llevamos camino de salir.

Y es el caso, señores—y va de regeneración, que es como decir «y va de cuento»—que andaba por esos pueblos de Dios una especie de Maese Pedro enseñando un cosmorama que era el asombro y la delicia de los chiquillos. Panoramas de ciudades, batallas y monumentos pasaban sucesivamente ante la vista del espectador que, asomado á los cristales de aumento del aparato, recreaba sus ojos, oyendo al mismo tiempo las pintorescas descripciones que de cada cuadro iba haciendo el tío del cosmorama.

Ocurrió que éste hubo de hacer noche en una venta, y mientras dormía dejó en un extremo del corral el cajón que tales maravillas encerraba en su seno. Y como uno de tantos arrieros de los que pernoctaban en la venta, se sintiera enfermo de apremiante aunque leve dolencia, bajó á toda prisa al corral y alcanzó completo restablecimiento sólo con sentarse breves instantes sobre la caja que él tomó por artefacto de otra índole muy diversa.

Al día siguiente, el cosmorama, luciendo sus cristales bien limpios y una porción de gallardetes y banderolas, se alzaba sobre un trípode en la plaza del pueblo más cercano mientras Maese Pedro convocaba á la gente á limpio redoble de tambor.

Ocupadas que fueron las mirillas por otros tantos mozalbetes del pueblo, comenzó la función y con ella las explicaciones del tío.

—Ahí tienen ustedes, señores—exclamaba con elocuente voz—la famosa plaza de la Concordia con su obelisco enmedio.

—Es verdad, es verdad—respondían los chicos fijos en los cristales; ¡qué bien se ve el obelisco!

Se cambia la decoración y continúa el hombre: —Ahora tienen ustedes delante la colosal batalla de las Pirámides, ganada por Napoleón á los infieles. Vean ustedes á Napoleón montado á caballo.

—Es verdad, es verdad—repetían los chicos—¡y el obelisco también! ¡qué grande es!

Sin fijarse gran cosa en los comentarios del público, el hombre del cosmorama pasaba á la tercera vista y seguía su perorata:

—Magnífica vista panorámica de Nápoles con el golfo de su nombre y la ciudad extendida en anfiteatro á orillas del mar. Fíjense ustedes en el Vesubio.

—¡Caramba!—decían los chicos ya extrañados—pues el obelisco está aquí también.

Nuevo redoble de tambor y nueva vista.

—Este es el retrato del gran Tamorlán con sus barbas, su plumero y su espantosa cimitarra.

—¡Y el obelisco! ¡y el obelisco!—gritaban los chicos palmoteando.

Chocóle al hombre tan extraña obsesión de los muchachos, y apartándoles de un empujón se asomó á los cristales pudiendo comprobar que los chicos no andaban descaminados. En el fondo de la caja se alzaba un cuerpo extraño que daba á todas las vistas aparente uniformidad.

Bueno; pues figúrense ustedes que el cosmorama del cuento está enmedio de España y que todos estamos asomados á los cristales:

—Vean ustedes al Gobierno liberal con todos sus ministros y carteras y enmedio el obelisco; es decir, D. Práxedes.

—¡Caramba!—dice el público—¡pero qué propio está D. Práxedes!

Cambio de vista para que no se canse el público.

—Esta es la España nueva—sigue diciendo el tío—la agricultura floreciente, la industria próspera, el comercio viento en popa.

—Y D. Práxedes enmedio—dice el público—lo mismo que en la vista anterior.

—Ahora una vista panorámica de las Cortes, con sus oradores, sus tribunas, su banco azul y todo.

—¡Caramba!—exclama el público—y D. Práxedes enmedio como siempre.

—Otra vista y van cuatro. Panorama de Madrid

en días de lluvia; la gente cruza con sus paraguas y sus impermeables; el suelo está lleno de charcos.

—¡Y D. Práxedes tieso que tieso!—exclama el público—¡qué obelisco éste!

Moraleja del cuento, por si ustedes no se la habían olido ya.

¿No le parece al respetable público que es ya hora de limpiar el cajón? ¿No es verdad que hay algo que huele á podrido en el cosmorama de Dinamarca?

GEDEÓN MORENO

En el teatro de la Comedia han estrenado un vestíbulo, obra, según se dice, de autor principiante, pero que tiene grandes facultades para los pasillos de la escena.

Un periódico refiere así el argumento de la nueva producción.

«Cierran y adornan el vestíbulo grandes cortinones de terciopelo rojo (Donato Jiménez estaba admirablemente caracterizado); hay amplios y cómodos divanes, también de terciopelo rojo, nueva y elegante instalación de luz eléctrica de terciopelo rojo, y sólo una puerta de entrada de terciopelo rojo, con lo cual se evitan las corrientes de aire.

¿Incluso las que reinan en los camarines del teatro?

Después de esta obra, que ha sido, según el periódico de referencia, muy elogiada por el público, se estrenará en la Comedia otra titulada *El Foyer*, en la cual todo es de terciopelo verde, como si la hubiese planeado un autor modernista.

La Muralla, El Vestíbulo, El Foyer, ¡qué hermosa campaña de albañilería está realizando el elegante teatro que dirige nuestro amigo Thuiller!

¡Y qué derroche de muebles de terciopelo rojo y terciopelo verde! ¿Se habrá colado en la Comedia Ramón Guerrero huyendo de Mario vestido de rabino y con el papel amenazador en la mano de la nómina del mes?

Nuestro querido amigo D. Luis López-Ballesteros, ó como dice su tocayo Taboada, D. Luis López Guión Ballesteros, ha estrenado en el Español, no con todo el aplauso merecido, una obra en tres actos titulada *Raza vencida*.

El drama de López Guión es un drama hermosamente escrito y deplorablemente pensado; pero de esto último no tiene la culpa el Sr. Ballesteros, sino el Sr. Echegaray, cuyo teatro copia aquél.

El público salió del Español sin saber cuál era la raza vencida, si la de los nobles altivos ó la de los plebeyos artistas.

Nosotros lo sabemos perfectamente: la de los imitadores de D. José.

De eso estará también para estas horas plenamente convencido el Sr. Ballesteros, quien ha demostrado, incluso con ese drama, que tiene alientos bastantes para volar sin el guión de nadie.

Ni siquiera el que une su doble apellido.

Animo, pues, D. Luis, y nada de imitaciones.

Imaginación libre, tema libre, teatro libre y apellido libre.

¡Ah! en el acto segundo de ese drama estrenó también la señora Guerrero un traje preciosísimo é indudablemente obra de afamado modisto parisiense.

La señora Guerrero, según lo que nos contó, volvía de las carreras, pero al verla tan primorosamente vestida, pensó todo el mundo que se refería á la que va haciendo en el arte dramático Medrano.

¡El Sr. Díaz de Mendoza estrenó á su hermano! Le sentaba muy bien.

... y armas al hombro

Todo está igual parece que fué ayer

cuando sacamos el otro número de GEDEÓN.

Weyler sigue gritando: *¡Si bajo...!* desde la guardia de la venta; Silvela y Polavieja sin pegarse (en ninguno de los dos sentidos de la palabra) y don Práxedes tosiendo.

—¡Ah! La tos de D. Práxedes es todo un poema. Los arriba nombrados y algunos otros más sudan á más no poder el catarro del presidente y le dicen lo que le decía el mendigo del cuento al borracho que salía tosiendo de la taberna:

—¡Quien tuviera tu tosecica!

Y lo peor que hay es que es crónica.

Pero crónica de las pesadas, de las de Fernández Bremón.

Todos los periódicos han comentado la conmovedora noticia siguiente:

«Al mismo tiempo que se izaba en el palacio de la Capitanía general de la Habana la bandera norteamericana el día 1 del actual, se suicidaba de un tiro en la sien derecha el juez del Cerro D. Eugenio Luzarreta.»

En Madrid nos consta que se adoptaron grandes precauciones cerca del Viaducto, del estanque del Buen Retiro y de la línea de circunvalación para evitar sucesos semejantes.

Por fortuna á ningún político ni caudillo español le pasó por las mientes la idea que motivó el suicidio del juez del Cerro.

Del *Music-Hall*:

«Hoy, á la una de la madrugada, se celebrará el segundo baile franco-español con una sorpresa fenomenal.»

¿Fenomenal?

Vamos, sí; que bailará el Gobierno.

Otra noticia de espectáculos:

«Se nos dice que la empresa del teatro Español ha admitido un drama en tres actos original de D. Fausto García y Pérez, titulada *La locura del suicidio es hereditaria?*»

Están así mismo en ensayo las obras siguientes:

Las ecuaciones de segundo grado.

La incubación artificial según los últimos adelantos.

El ahorro se completa con la póliza dotal.

Y el verdadero drama que es el siguiente:

«De cuántos grados es la pendiente que alcanza la «cuesta de Enero» en el teatro Español?»

Nuestro imperio colonial va á tener un epílogo feminista.

Alemania desea comprar las Carolinas.

Y las Palaos.

Y las Marianas que quedan.

Y con esto, se acabó nuestro imperio colonial de ambos sexos.

Cuando hace mal día, el Sr. Sagasta no sale de su domicilio.

Y cuando sale no se atreve á pararse con los periodistas.

De manera que éstos siempre se vuelven á casa de vacío.

Unas veces por lo desapacible del día.

Y otras por lo desapacible del Sr. Sagasta.

Dice un colega:

«Con argumentos irrefutables censura *La Epoca* el escaso celo que ha demostrado el Sr. Sagasta al ocuparse de la liberación de nuestros desdichados hermanos de Filipinas.»

El Sr. Sagasta, rascándose la barba:

—Y yo ¿por qué he de meterme á redentor?»

En la delegación de vigilancia del distrito de la Latina se presentó el otro día una gravísima denuncia.

A un vecino de aquel barrio se le acusaba nada menos que de ocho parricidios cometidos en otros tantos hijos suyos.

Por fortuna, la denuncia resultó falsa.

Mentira parece que se haya dejado sorprender la autoridad, porque no es esta la primera vez que eso sucede.

También se dijo que cierto general se comía los niños crudos y no ha habido hasta la fecha ningún infanticidio que lamentar.

Con motivo de la llegada de los restos de Colón, háblase de celebrar en Sevilla una corrida de toros, en que se lidiarán seis de Veragua.

A media asta.

En el ministerio de Ultramar está asombrado todo el mundo desde Romero Girón hasta Pérez Zúñiga.

El caso no es para menos.

Se han recibido doce cajas de dinero y procedentes de Cuba, caso insólito que ocurre por primera vez en lo que va de siglo.

Era preciso que Cuba dejase de ser nuestra, para que empezase á venir dinero de allá.

El ministro de la Guerra tiene pensado suprimir la talla para el ingreso de los mozos en filas.

Y hará muy bien.

Porque ya se ha visto en Murcia que había dos clases de tallas.

La talla legal.

Y la talla dulce.

GEDEÓN, al reaparecer á la vida pública, da la enhorabuena á todos los ilustres convalecientes.

Se ha restablecido el Sr. Sagasta.

Se ha restablecido el Sr. Castelar.

Se ha restablecido el Sr. Capdepón.

¡Y aún hablan de suprimir el ministerio de Ultramar!

Verán ustedes cómo se restablece también.

—Señor Duque ¿y los restos?

—Será casualidad; pero, mire usted, también han salido mansos.

COLECCIONES DE GEDEÓN

Se hallan de venta en la Administración de este periódico, Colmenares, 7, bajo izquierda.

Precios, sin rebaja

Años 1895 y 1896, unidos en un tomo; en rústica, 8 pesetas; en pasta, 9 pesetas.

Año 1897: en rústica, 7 pesetas; en pasta, 8 pesetas.

Año 1898: en rústica, 7 pesetas; en pasta, 8 pesetas.

Imprenta de EL ENANO: Arco de Santa María, 8.

CRONICA DE LA SEMANA

El señor duque en Sevilla



Dirigiendo el desencajnamiento.

La recolección de ahora



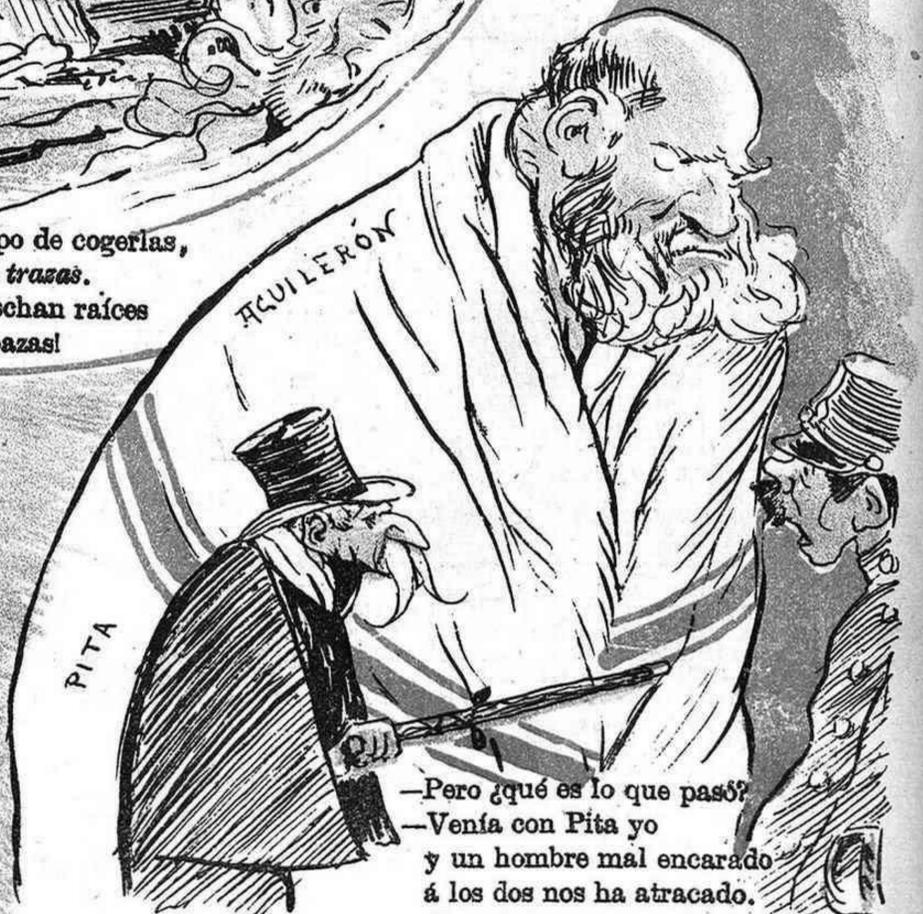
La estatua de Maceo en la Habana

El último atraco

Ya es tiempo de cogerlas, según las trzasas.
¡Diantrel! ¡Si echan raíces las calabazas!



El autor del proyecto premiado. Lema: La autonomía es la paz.



—Pero ¿qué es lo que pasó?
—Venía con Pita yo y un hombre mal encarado á los dos nos ha atracado.
—¡Por cierto que nos chocó!